

Invitación a nacer de pie

Reportaje instantáneo al poeta y ensayista Mario Ferrero, Jefe del Depto. de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación y Director de la Sociedad de Escritores de Chile.

Entrevistó: Adriana Valdés

Se dice que existe una crisis de la poesía como forma de comunicación.

¿Cuál es su opinión al respecto?

No hay crisis de valores en nuestra literatura, tampoco hay crisis de creación. Pero existe una evidente crisis de comunicación que afecta particularmente a la poesía y que es el producto de un complejo de culpa del escritor chileno —y especialmente del editor— en relación con las grandes formas de expansión cultural, la publicidad y los medios masivos de comunicación. Creo que la depresión en Chile no es un fenómeno generado por falta de talento o derivado de problemas internos de la creación, sino que es una crisis de difusión, de las relaciones de contacto, entre el escritor y su público. Esta crisis de comunicación, en el caso de la poesía, se ve especialmente acentuada porque se estima que ella no constituye un mercado, que no tendría un consumo potencial efectivo. Sin embargo, todas las experiencias que se han realizado desmienten esta aseveración. Si se ofrece un recital de poesía en cualquier núcleo masivo, no solamente se encuentra una gran acogida, sino que hay fervor en torno al problema de la poesía, interés creciente en las grandes masas;

generalmente al término del recital se generan foros en los que la gente opina en forma activa sobre este medio de comunicación estética y de experiencia vital que constituye la poesía.

Además, creo que en el caso específico de la poesía, es necesario descubrir otras formas de comunicación que vayan más allá del libro. Estas formas podrían ser el disco, la música, la incorporación de la poesía a otras ramas del arte, específicamente su utilización en el teatro y en el cine. Hemos visto un cine-arte que constituye imágenes líricas con un fondo poético innegable. Es decir, que la poesía va llegando a todas partes por otros conductos más allá del libro. Creo que estos caminos son los que hay que seguir descubriendo, a fin de hacer participar a una gran masa potencial del público que hasta hoy no entendía el fenómeno de la poesía o no había tenido acceso a él.

Y en cuanto a otras formas literarias, como la novela o el teatro, ¿cuál es su opinión sobre su desarrollo actual en Chile?

Me parece que Chile ha tenido siempre una buena tradición literaria y que esa tradición se renueva día tras día. Lo

que falta es un criterio empresarial de carácter moderno, que considere la literatura no sólo como una forma de difusión cultural, de tradición y de formación anímica de un pueblo, sino además como una empresa que contribuya a hacer del escritor un ser social integrado.

El complejo de inferioridad del que le hablaba hace un momento no es un complejo que afecte a la incapacidad del escritor, sino que nace de la imposibilidad económica actual de integrarlo a las nuevas formas de comunicación. Es el caso específico de la televisión como medio educativo y cultural, más allá de la simple empresa comercial capitalista. Hay que terminar definitivamente con el comercio de la cultura, como hay que terminar con el comercio de la salud o de la educación.

¿Entonces ve Ud. clara la posibilidad de una presencia más importante de la literatura dentro de un proceso social, de la creación de una nueva realidad social?

En este aspecto, percibo una posibilidad enorme, no sólo en la literatura sino en todo el arte. Es evidente que Chile está viviendo un proceso de cambios muy rápidos, que está dando material para una nueva estructura de la mentalidad del chileno. La participación efectiva del pueblo, de la clase trabajadora, de las organizaciones sindicales en este proceso, es cada día más real. Desde el punto de vista estrictamente novelesco, han ocurrido en Chile, a una velocidad vertiginosa, una infinidad de hechos que constituyen excelente material de novela. Por ejemplo, el asesinato de Schneider y todo el proceso de la sedición reaccionaria. Luego el asesinato de Pérez Zujović y esa salida a terreno del V.O.P. como una forma característica de violencia antirrevolucionaria. La misteriosa muerte de Luciano Cruz y posteriormente el suicidio

de su compañera significan otros hitos de posible carácter temático, a los cuales habría que colocar, como telón de fondo, el proceso económico y social, la transformación de la mentalidad chilena, la incorporación de las grandes masas a este nuevo sentimiento patrio, la imagen de Chile en el campo internacional y una infinidad de antecedentes que contribuyen a conformar una comunidad y un ambiente social extraordinariamente nuevos, de gran eficacia renovadora desde el punto de vista de la literatura. Ahora bien, creo que estos cambios, en la literatura, son más lentos, de interpretación más difícil y compleja, dada la naturaleza misma del proceso creador, ya que el escritor necesita tiempo, decantación de su vivencia, necesita una cierta capacidad de ocio y de experimentación que es muy poco dable en nuestro país. Aquí la gran mayoría de los escritores debemos trabajar en cosas anexas o ajenas a la literatura, lo cual no permite una preocupación permanente y ese estado de alerta y de documentación al día que requiere el escritor para situarse en el centro de la realidad. No obstante, creo que los cambios que están ocurriendo hoy, tarde o temprano han de llegar a la literatura como están llegando a otras formas del arte. Usted puede evaluar; por ejemplo, lo que está ocurriendo en el folklore y, muy especialmente, en la llamada canción protesta. A la canción ha llegado muy rápidamente un aire nuevo porque la música folklórica es un vehículo más inmediato, no tiene la profundidad ni la vigencia permanente en el tiempo, que puede tener un libro. La canción se ha visto sacudida por una insurgencia juvenil, revolucionaria. Y esta insurgencia está llegando a los programas de televisión, que han mejorado ostensiblemente en el último tiempo; pruebas al canto, las experiencias realizadas con el Teatro Histórico, que antes no se

había utilizado como vehículo de educación artística de masas. Otro factor importante: se están expresando por primera vez los trabajadores, que nunca antes habían tenido acceso a la televisión, a la radio, a la prensa; se están expresando como un poder social, y toda esta suma de hechos nuevos debe concluir, creo yo, a configurar un nuevo sentido del arte, y en especial, de la novela, que es la forma más apropiada, más amplia y audaz para reflejar esta experiencia renovadora.

¿Cómo ve Ud. estos posibles cambios en la novela? ¿Los percibe solamente en el campo temático o también en lo formal?

Percibo los cambios, simultáneamente, en el contenido y en la forma. Creo, además, que no se puede dar recetas de creación en el arte ni elegir caminos preconcebidos; ellos van a parar necesariamente al populismo o al realismo socialista, de cuyos estragos es mejor no hablar. Opino que el arte, como la ciencia, debe defender su derecho a experimentar, a convencer por sí mismo como un hecho insólito. Me repugna el simplismo en el arte, como una forma inócua de llegar a las masas. El pueblo es complejo y contradictorio, y por ello mismo intuye el arte, grande como una verdad mágica, real, a la vez que rechaza la caricatura, el simplismo vestido de simplicidad. No hay nada más difícil que la facilidad espontánea, natural, que nace desde dentro como un hecho nuevo, susceptible de crear un campo de sugestión emocional, ya sea individual o colectivo. Esa es la meta eterna del artista: recrear la nueva realidad con un lenguaje fresco, distinto, inaugural, como el principio y el fin del mundo.

Por eso no participo de la tendencia simplificadora. Pienso que se puede ca-

minar con los dos pies alternativamente, es decir, que se debe intensificar una línea folklórica y popular como una forma de llegar más rápidamente a las masas y hacerlas participar en el proceso, al mismo tiempo que se va haciendo un arte en profundidad, que vaya recogiendo la experiencia estética universal.

En este campo, las innovaciones de carácter técnico y formal son muy rápidas en nuestro tiempo y no se pueden menospreciar en aras de un nacionalismo aldeano. Creo que se puede admirar a Cortázar, a Rulfo, a García Márquez, a Yáñez, a Vargas Llosa, sin dejar de aplaudir a Pezoa Véliz o a Baldomero Lillo. Es decir, que los dos caminos me parecen igualmente vigentes. Dicho en otras palabras, no por reactualizar a Acevedo Hernández podemos darnos el lujo de olvidar a Shakespeare.

¿Se trata de caminos paralelos o no?

Sí, paralelos, y tal vez entremezclados, diría yo. Si se tratara de hacer una buena colección de clásicos chilenos e hispanoamericanos habría que considerar las dos ramas, ir tratando de profundizar en una especie de tradición renovadora, de tradición útil hacia el futuro, no de tradición momificada, y al mismo tiempo ir experimentando y tratando de incorporar a los valores nuevos. En la literatura chilena hay muchos nombres recientes de valor indiscutible, especialmente en la poesía, y usted ve que la gran mayoría de ellos, menores de treinta años, no tienen editor, no tienen acceso al público, lo que determina en ellos un trance permanente de desesperación que los va minando psicológicamente, que los va haciendo caer en la angustia, en la frustración, en el desenfreno, muchas veces en la dipsomanía, en un estado de neurosis provocado por la falta de expresión, de comunicación de su mundo

estético y social, que es el reflejo anímico de un pueblo.

Respecto de esta frustración que sienten los escritores más jóvenes, ¿diría Ud. que existen algunos medios más o menos inmediatos para combatirla, para ayudarlos, estimularlos, darlos a conocer?

Existen potencialmente, pero hay que crearlos con una mentalidad nueva, revolucionaria. La poesía de cartel mural, el periódico poblacional o sindical, el poster callejero, los recortes de papel impreso enviados por correo, la poesía incorporada al mural, a la tribuna, a la cátedra o al mitin, son algunas de las tantas formas nuevas que se podrían intentar para estimular la poesía joven. Esto permitiría, además, llegar a un público completamente imprevisible y ajeno al consumo habitual de la poesía.

Si se pegaran carteles poéticos en los paraderos de locomoción colectiva, por ejemplo, la gente los leería por curiosidad, por tedio, por íntimo interés, y con ello, a la larga, se iría ampliando el público potencial consumidor de poesía, que para los griegos era un alimento tan esencial como el pan. Un ejemplo directo de lo que afirmo es el éxito indudable de los carteles poéticos de la Revista "Portal", cuya acción debería continuar financiada ahora por la Editorial Quimantú.

Por otra parte, hay que hacer proliferar los concursos literarios, los encuentros de escritores, los diálogos abiertos en torno al fenómeno del arte. Hay que intensificar la emulación de las editoriales, ya sean estatales o particulares.

Hay que abrir, además, el mercado internacional del libro chileno, contribuyendo con ello a producir una integración cultural efectiva mediante el desarrollo conjunto de las culturas nacionales latinoamericanas. Esta tarea es urgente

porque constituye el medio más eficaz de detener la deformación cultural imperialista, el sistema mercantil y enajenante de una cultura de pacotilla que representa un elemento adormecedor en la conciencia lúcida de un pueblo.

Al respecto, desde que estoy en este cargo he podido comprobar una experiencia personal que me parece penosa. Llegan mensualmente a este servicio no menos de cincuenta peticiones de bibliotecas humildes o en plena formación; por lo menos diez de ellas provienen del extranjero, de universidades o centros culturales de primera importancia. Son dos niveles distintos, ninguno de los cuales se puede atender porque no hay capacidad productora de libros ni capacidad compradora por parte del Estado.

Esto ya está en vías de solución en el plano interno, aun cuando faltan todavía por crear las tres mil seiscientas bibliotecas populares de que daba cuenta un informe de la CEPAL hace ya varios años. Desde el ángulo internacional, el interés por Chile significa en todos los planos una especie de apertura a la integración latinoamericana, en primer lugar, y luego a la integración mundial, además de una forma de difundir la experiencia chilena, en su doble faceta económica y sociopolítica, hacia el gran conocimiento contemporáneo de nuestro país. Hace falta, además, una mayor audacia en los planes de extensión popular del libro. Es necesario sembrar el país de bibliotecas móviles, de ferias populares del libro, de experiencias directas en la plaza pública que relacionen al escritor con el consumidor, lo que ayudaría poderosamente al proceso de alfabetización en que está empeñado el Gobierno. A pesar de que nuestro índice de alfabetismo es relativamente bajo comparado con cualquier otro país latinoamericano, existe un alto porcentaje de semi-analfabetos por falta de lectura y ejerci-

cio adecuado, factor que les ha ido atrofiando la capacidad de captación de los problemas vitales de su tiempo y que les impide, además, el goce estético que significa la penetración sensible en una obra de arte.

Esto tiene gran importancia en relación con lo que se decía antes: que existe un interés masivo por la literatura, como se puede percibir en los actos dirigidos a un público amplio. ¿Ud. confía entonces en la posibilidad de que los grupos más numerosos asimilen la poesía que se escribe hoy, la hagan suya, o cree que todavía existe en el gran público una especie de falta de madurez?

Confío ampliamente en el público chileno. Considero que es, potencialmente, uno de los más inteligentes y abiertos del continente. Desde luego, es evidente en nuestro país una gran capacidad lectora y una inquietud real por los fenómenos de la cultura; lo que ocurre es que no se le ha dado al pueblo ninguna posibilidad de atención, no se ha llegado a las grandes masas a bajos costos y con una difusión atrayente y novedosa. No obstante, nuestro público posee una gran calidad intuitiva, lo que le permite sentir la atmósfera del arte, emocionarse con ella, inquietarse en su mundo íntimo, aun cuando no entienda en forma sistemática el sentido del lenguaje estético o pierda algunos matices de su intención oculta. Esto nos permite afirmar, categóricamente, que el arte no es patrimonio exclusivo de los artistas. Muy por el contrario, el pueblo puede y debe participar, no como simple receptor, sino como creador de sus propias vivencias, de su experiencia de clase, aportando un lenguaje estético que refleje esa experiencia y ese mundo propio un tanto desconocido.

Dentro de esta visión muy amplia de la literatura y del arte, que relaciona el acercamiento a ellas con cambios muy profundos, no sólo en el campo de lo artístico, sino en el campo total de la convivencia, ¿cree Ud. que es posible enseñar mejor a apreciar la literatura que lo que se ha hecho hasta ahora?

Indudablemente que es posible. Un ejemplo claro de que lo es, reside en el circuito cerrado de televisión pedagógica, que pronto será inaugurado en el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio. Mediante este sistema se acompañarán las clases de literatura, de artes plásticas, y aun de ciencias, en sus diversas especialidades, con imágenes vivas y programas especialmente preparados para obtener un doble efecto en la memoria óptica y la memoria auditiva. Otra iniciativa de gran utilidad es la formación de monitores en las especialidades de teatro, literatura y arte, destinados a preparar profesionalmente al pueblo e incentivar su capacidad creadora en el sentido de ayudarlo a producir obras teatrales en sus propios conjuntos, acentuarle el interés por la literatura y las artes plásticas mediante talleres literarios y de pintura y, en general, fortalecer la capacidad de captación subjetiva de las vivencias humanas contenidas en el lenguaje del arte.

¿Cuál sería el valor específico que puede aportar el conocimiento de la literatura a la comprensión de nuestro mundo contemporáneo?

Desde luego, un valor de humanización emocional de la vida que vaya más allá de las ingratas especialidades a que obligan las distintas formas de trabajo. Un médico, un zapatero, un obrero textil, un mecánico, un dentista, pueden descubrir en el arte una forma superior de la

vida que vaya más allá de los dientes, de las mediasuelas y de los bisturíes.

Por otra parte, el conocimiento humano funciona como los rieles de un ferrocarril que se juntan en el infinito, pero que jamás se tocan. Estas vías del conocimiento son la ciencia y el arte. La ciencia trabaja en el campo objetivo, con leyes que pertenecen a la razón, a la prueba científica, y por ello utiliza un lenguaje lógico, conceptual, razonado. El arte trabaja en un campo subjetivo y su mecanismo de ejercicio es la intuición, el mundo mágico emocional cuyas flechas van dirigidas directamente al sentimiento, y es por ello que utiliza un lenguaje figurado, un lenguaje de imágenes que constituye la esencia del fenómeno estético. Ahora bien, hasta el más humilde de los campesinos, aun siendo analfabeto, posee sentimiento estético sin que necesariamente deba poseer lenguaje estético; de allí proviene el compromiso social de los artistas, que no es otro que el de dar lenguaje estético a todo un pueblo y a toda una época.

De allí que la experiencia cultural deba trabajar a todos los niveles y especialmente ligada a la clase obrera como elemento motor del proceso de cambios. Luego, es imprescindible que trabaje a nivel internacional, ya que Chile se ha preocupado siempre muy poco de su imagen artística y de su repercusión cultural en el extranjero. Interesa especialmente la pintura, la literatura, la escultura en la calle. Una política muralista bien conducida sería una forma de educar al pueblo, mejorando su grado de sensibilidad.

Esto tiene relación con un problema psicológico, ya que el chileno es por naturaleza apático, serio, triste. El arte puede contribuir poderosamente a mejorar esa condición de subdesarrollo anímico, de amargura interior, de hombre postergado por regímenes no adictos a

su actitud espiritual interna. En este sentido la forma de organización comunitaria, como los clubes deportivos, de baile, los centros sociales, las bibliotecas, los conjuntos teatrales, emanados de su propia experiencia, pueden ser elementos decisivos como factores de contribución a un cambio de mentalidad, de moral privada y colectiva, de incorporación popular a las fuerzas vitales de su época.

Frente a la mención de estas actividades, ¿cree Ud. que hay también una posibilidad en este orden, en una actividad más individual, pero también de muy honda proyección, como es estimular la creación literaria en los jóvenes?

Posibilidades hay muchas, porque todo arte grande nace del pueblo y es una expresión de él. Ahora bien, dentro de toda experiencia artística se produce un desarrollo natural. El escritor adolescente que comienza, lo hará expresando su mundo íntimo, su asombro ante la naturaleza, las evocaciones de su más inmediato mundo infantil, sus primeros amores, su barrio, su aldea natal. Luego, y en la medida de su desarrollo, irá ampliando la esfera de sus vivencias, hasta que llegue a interpretar el mundo de los otros, la ciudad vecina, el contenido emocional de su nacionalidad. Por último, y una vez en pleno desarrollo, aspirará a reflejar la experiencia totalizadora de todos los pueblos y de todos los tiempos, contribuyendo con su creación a profundizar el sentido general de la vida. En este esquema progresivo, no cabe duda que tiene un papel fundamental la juventud. Desde nuestro cargo hemos podido comprobar el enorme interés que han despertado los dos o tres concursos literarios que hemos convocado, el último en conmemoración del sesquicentenario del fusilamiento de Carrera. A él optaron cerca de 400 alumnos de enseñanza básica y

media, y el nivel general del certamen fue óptimo, con más de alguna sorpresa que se podría considerar ya como un hallazgo profesional. Esto demuestra una vez más que a la juventud hay que incentivarla, hay que abrirle caminos, hay que proponerle metas que vayan más allá de la marihuana, de la pornografía y del exhibicionismo.

Si enfocamos, entonces, la literatura como una actividad educativa, no podríamos restringirla a la literatura ya creada, sino que la tendríamos que enfocar, también, como algo que se está haciendo, en el creador, para sí mismo y para los otros.

Desde luego. El artista aporta la forma y el pueblo da el contenido. Como los fenómenos sociales que conforman el contenido están en permanente evolución, el artista, a su vez, debe ir descubriendo la forma más adecuada para interpretar estos contenidos en permanente movimiento. De ahí la atracción mágica del arte y de allí también, la importancia del creador como individuo, es decir, como espejo subjetivo de esa inmensa esfera móvil que es la realidad.

La importancia social de un creador es nada menos que la de un intérprete, la de un espejo multifacético paseado a lo largo de un camino, al decir de Stendhal.

Pero es necesario tener cuidado con aquello del factor educativo del arte. Para mí, el arte no tiene nada que ver con la monserga pedagógica, sino que sólo educa sugiriendo, sensibilizando, despertando la imaginación, abriendo campos mágicos. Todo otro sentido didáctico que se le quiera dar al arte representa una negación de sí mismo, una connotada majadería.

El arte se desvirtúa entonces cuando es utilizado con finalidades pedagógicas. ¿No pasa lo mismo cuando un artista,

honestamente convencido de la necesidad de convertir a las personas a una particular visión del mundo, pueda fabricar obras de arte para este propósito?

Toda fabricación es propia de la industria, y la industria es la negación del arte.

Para mí, todo el arte es social, fenómeno masivo que nace de una actividad humana colectiva, pero es necesario hacer una gran diferencia entre el arte y la propaganda. La propaganda opera en el campo visual o auditivo inmediato, por medio de conceptos y elementos plásticos accesorios, de simple apoyatura. El arte opera en el campo subjetivo, emocional, convence por sí mismo como una realidad distinta, ajena al propósito intencionado del presunto artista. De allí que, para mí, todo arte propagandístico sea una doble traición: traición al arte y traición a la propaganda, cuya desviación, por lo general, refleja simplemente falta de estilo del artista. Otra cosa muy distinta se produce cuando la ideología del artista y su conducta social son resueltos, encuentran su equivalencia exacta, en el lenguaje estético. Ahí ya no hay propaganda, sino que arte político.

¿Existirían ciertas formas de arte que, por estar desvinculadas de aspectos muy importantes de la realidad, pudieran impugnarse en forma teórica o práctica, que en ese sentido pudieran considerarse poco legítimas o poco vigentes?

Creo que todo en el arte es útil, incluso lo negativo. Al respecto, por encima de escuelas y tendencias, yo sólo dividiría el arte en dos grandes ramas: el arte bueno y el arte malo, que viene a ser una especie de anti-arte. Por ello mismo no creo que pueda existir ningún tipo de arte desvinculado de la realidad.

En la poesía, por ejemplo, me parecen tan valiosas la experiencia mística como la metafísica, o la social, o la política, o la erótica, o la imaginista o la onírica, e incluso la surrealista, porque todas provienen de la realidad. Son elementos parciales de la realidad, y no creo que ningún poeta pueda aspirar a reflejar en su obra la realidad completa, es decir, todo el subconsciente individual y colectivo a través de la historia.

Cada artista, en la medida de su talento, en la medida de sus posibilidades, coge una partícula mínima de esta multiplicidad, de este gran globo de posibilidades que constituye la realidad y comienza a trabajar en ella. Siempre existirá algún tipo de arte que llegue a un sector determinado del público; ello depende de una especie de parentesco psicológico, una identidad emocional de familias sentimentales que se forman entre el artista y su público, de manera que no puede haber formas que sean absolutamente caducas o incommunicables. Es indudable, sin embargo, que hay formas del arte que corresponden al pasado, que representan ciertas estructuras de contenidos que pertenecen a otro tiempo, y al cambiar esos contenidos, deben cambiar necesariamente las formas.

Un ejemplo simple de lo que afirmo es el relacionado con la rima, problema siempre muy discutido. No cabe duda que la rima facilita el acceso a un público más vasto, generalmente simplificando los contenidos, jibarizando la riqueza del arte. Personalmente creo que la rima debe usarse sólo cuando es estrictamente necesario, ya que los contenidos nuevos del arte requieren formas nuevas, que el artista debe descubrir, sin necesidad de utilizar formas caducas, o formas anacrónicas, o formas débiles, o formas desviadas, que correspondieron a otras etapas del arte y que en la actua-

lidad no tienen fuerza para expresar la complejidad del mundo de hoy.

En este sentido podría ser que existiese un grupo de artistas que se haya quedado atrás. El artista copista de la naturaleza, que la transcribe sin crearla, sin expresar su propio sentimiento ante ella, sin inventar su composición anímica ante la naturaleza, tiene para mí mucho menos valor que aquel que la recrea, la inventa a su manera, coloca el color donde no existe, cambia el sentido de la composición conforme a una necesidad imperiosa, es decir, revela su mundo espiritual y su posición humana ante la tela. Con lo cual quiero expresar que es muy difícil decir, en el terreno del arte, esto está vigente, aquello no lo está, porque se trata de un mundo experimental en permanente trance de cambio y evolución. Acabamos de ver, por ejemplo, la exposición de un primitivista, Julio Aciars, que me parece más vigente que el abstracto de última moda.

¿El carácter experimental es siempre descubridor de caminos en el arte?

El arte viene del hombre, del hombre individual y colectivo. Ocurre que este hombre es siempre el mismo, aparentemente, físicamente; pero el mundo de su experiencia es completamente distinto. El mundo de nuestro tiempo no puede ser el mismo que el de la Edad Media; habría que considerar, desde luego, la incorporación insolente de la ciencia y de la técnica a nuestro hábito diario, la amplitud de los conocimientos, la velocidad de los medios de comunicación, la información simultánea, la utilización mecánica de la tecnología moderna, la psicología experimental, el conocimiento introspectivo del ser humano. Todos ellos son fenómenos propios de nuestro tiempo

que modifican en medida importante la posición del artista ante la vida y ante la sociedad. Además, la necesidad de liberación en los planos religioso, ideológico, psicológico, sexual, es una realidad propia de nuestro tiempo que puede y debe ser reflejada en el arte.

De manera que el arte es siempre uno, pero siempre distinto, porque expresa, en esencia, el sentido intuitivo de los cambios sociales. Recuerde Ud. la famosa sentencia de Heráclito: Nadie se bañará dos veces en el mismo río, porque habrás cambiado tú y habrás cambiado el río.

